
Consuelo Corredor Martínez

Los límites de la modernización

Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional, CINEP, Bogotá, 1992.

En los últimos años la discusión sobre la modernidad ha cobrado especial importancia. Diferentes aproximaciones teóricas al problema han ido abriendo un campo de exploración que ha exigido avanzar en la

reinterpretación de la historia económica, social y política del país. Un elemento esencial aportado por estas reinterpretaciones ha sido el interrogarnos por las condiciones para la construcción de la ciudadanía y la formación de sociedades civiles, con capacidad de manejar las tensiones y conflictos de la sociedad, y avanzar en el dominio de sus condiciones de desarrollo.

Esta manera de abordar la cuestión planteó la necesidad de recurrir a análisis que superen las visiones simplificadoras de los procesos o las que los encierran en una mirada unidimensional que tuvieron en las últimas décadas un auge notable, como resultado del cual nos han quedado valiosos aportes en el campo de la historia y el análisis económico y político. Hoy el reto se encuentra en el desarrollo de análisis y estudios históricos multidimensionales. Es en esta perspectiva en la que se inscribe el libro de Consuelo Corredor Martínez, *Los límites de la modernización*, el cual enriquece el debate sobre la modernidad y la historia colombiana.

Se propuso la autora contribuir a la inteligencia de la crisis actual "mediante el esclarecimiento de algunos factores estructurales y conyunturales que le han propiciado y que se han ido entretejiendo en la historia reciente del país". Su tesis central es la de que la crisis es el resultado de la tensión entre "un proyecto de modernización económica ajeno a un proyecto de modernidad".

La modernización económica transformó aceleradamente el entorno socioeconómico. Fundada en un modelo de desarrollo liberal, caracterizado por el predominio de intereses privados sobre los públicos, hizo del mercado el centro de organización económica y social y privatizó al Estado, colocándolo como garante de la consecución de intereses particulares. El resultado fue una modernización excluyente en lo económico y la preservación del orden político tradicional.

Como resultado de la modernización económica se erosionaron los viejos lazos de dependencia personal, fidelidades y solidaridades en un proceso en el que, dado su carácter excluyente, no fue posible la construcción de solidaridades propias de la socie-

dad moderna basadas en la ciudadanía. No se logró salir de la "minoría de edad" consistente, como lo señala Kant, en la "incapacidad para servirse del propio entendimiento sin dirección ajena". Esta modernización carente de modernidad —entendida como la constitución de sujetos actores de su propio destino— produjo el doble efecto de acentuar la exclusión política, económica y social de amplios sectores de la población, e integrar los intereses de las élites dominantes desintegrando en el mismo movimiento los de las mayorías. La consecuencia fue un divorcio creciente entre el Estado y la sociedad civil, y la disociación entre la organización política y la organización social.

La economía no hizo participar a las mayorías de los beneficios del crecimiento y el Estado se identificó con los intereses particulares, funcionando más con fundamento en la coerción que en el consenso y sin lograr el monopolio legítimo de la fuerza. Mercado y Estado, lejos de contribuir a la democratización de la sociedad, han potenciado sus características antidemocráticas y son hoy incapaces de hacer de la modernidad y de la modernización un proceso de construcción de ciudadanos, es decir de hombres libres con capacidad crítica.

La crisis contemporánea de la sociedad colombiana es económica, social y política, fruto de un prolongado y complejo proceso de desarrollo histórico en el que primaron los intereses de las élites dominantes, el Estado fue colocado al servicio de intereses económicos y políticos particulares, y la lucha política se redujo a una lucha por el poder y no a una lucha por el orden. En estas condiciones prevalecieron las relaciones de fuerza "como medio de resolución de los conflictos y de confrontación entre los diversos actores".

Superar la crisis actual demanda asumir el reto de la modernidad, que es, para Consuelo Corredor, el de la construcción de la democracia.

Esta obra hace aportes especialmente significativos. Rompe con la tesis desarrollista de que la modernización económica produce un orden social más democrático e igualitario. El análisis del modelo liberal de desarrollo realizado por Consuelo Corredor revela cómo, lejos de contribuir a

la democratización económica-social, se acentuaron las características de exclusión y desigualdad del orden económico y se reforzaron por esta vía las restricciones del régimen político colombiano. Logra de esa manera superar las visiones economicistas tan comunes en la literatura reciente y aprehender las interacciones entre economía y política. Sin desconocer las formas específicas de manifestación de los fenómenos, su tratamiento revela la multicausalidad que los genera. Cualquiera que sea la salida de la crisis lo cierto es que exige articular lo desarticulado, unir lo separado, en otros términos, se requiere de reformas que articulen lo político, económico y social.

Si la característica dominante en el devenir colombiano ha sido la de la interacción entre un proceso de modernización y contención de la modernidad, una forma de superar el estado actual es el desarrollo de la modernidad, entendido como un proceso de democratización de la sociedad. Y si bien la autora no logra escapar a la seducción del paradigma de occidente como modelo de modernidad, el enunciado de esta posibilidad nos lleva a plantearnos el problema a partir de las condiciones particulares de nuestra historia. ¿Cuál es la ciudadanía que es posible construir a partir de ella? ¿Cuáles los rasgos del orden democrático de nuestra sociedad futura? Sobre valores universales irrenunciables como al pluralismo, la tolerancia, el respeto a las diferencias nos queda un largo y arduo camino por recorrer en la realización de un proyecto de modernidad que haga viable la construcción de la democracia posible, que no necesariamente pasa por el camino de la consolidación del orden social capitalista que, en nuestro caso específico, ha revelado sus limitaciones y restricciones. Queda abierta así la cuestión sobre las condiciones específicas que nos permitan alcanzar la construcción de un orden social en el que podamos "utilizar la propia razón sin tutelas extrañas" al decir de Adolfo Gilly, orden en el que logremos constituirnos en actores individuales y colectivos, arquitectos de nuestro propio destino.

Esta obra es una invitación a interpretar nuestro pasado reciente en la perspectiva de lograr una forma de organización social superior. En medio de una literatura hiper crítica, frecuentemente marcada por el pesi-

mismo frente a la complejidad de los conflictos que afrontamos y sus posibles desenlaces; cuando prevalecen las voces que tienden a reducir al Estado y magnifican la racionalidad del mercado y su poder autorregulador, es ciertamente positivo encontrar una mirada proyectada hacia el

futuro, que reivindica la modernidad como la aventura de construir un orden social democrático que no es necesariamente el capitalista. ¿Utopía? Ciertamente, utopía a la que nos conduce la insatisfacción con lo conocido y el deseo por explorar lo desconocido.

Jaime Zuluaga Nieto, economista, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.